

P  
U Literatura  
Z

# *Las historias de la Historia* *(Viajes de papel)*

**Ramón Acín**





Literatura





***Las historias de la Historia***  
***(Viajes de papel)***



***Las historias de la Historia***  
***(Viajes de papel)***

Ramón Acín

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

## Literatura

---

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Ramón Acín

© De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza  
(Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)  
1.ª edición, 2025

Diseño de la cubierta: David Guirao  
Colección Literatura, n.º 25

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12  
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330  
[puz@unizar.es](mailto:puz@unizar.es) <http://puz.unizar.es>



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

ISBN 978-84-1340-964-1

Impreso en España

Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza

D.L.: Z 496-2025

Escribe uno para poder vivir, si no escribiera, no viviría.

Max AUB

*(Campo de los almendros)*

Escribir es prolongar el tiempo.

Clerice LISPECTOR

*(Notas sobre el arte de escribir)*



## *Pórtico*

A la hora de publicar *Las historias de la Historia* consideré el menester de un preámbulo esclarecedor, porque el texto que tienes en tus manos aparentemente se las trae (lo sé). Y se las trae, cuando menos, porque no solo no obedece, sino que escapa, a la estanqueidad genérica a la que debería responder como pretendido hijuelo literario. Que un texto carezca de filiación supone caer de lleno en un hibridismo que puede confundir. Y la confusión no solo aturde, sino que también empaña la nitidez de los contenidos de un texto, impidiendo captarlos en su esplendor, al caminar estos mecidos por la vacilación. En especial, si la confusión acompaña al pasado cuando con este se intenta hurgar en los recuerdos que, dada su tendencia a la fuga, levemente lo sostienen (una fuga más que cierta tal como Juan Rulfo en *Pedro Páramo* evidenció con maestría: «No existe ningún recuerdo por intenso que sea que no se apague»). Y como *Las historias de la Historia* camina de continuo haciendo equilibrios por el filo del hibridismo a vueltas con los recuerdos y dado que una de las bondades literarias a perseguir por quien escribe *Las historias de la Historia* es la amabilidad, despejar impedimentos aparecía como empresa necesaria.

A eso se debe la concurrencia de este pórtico. Un pórtico que, a la par que explicativo, pretende despejar posibles dudas sobre su intención y contenidos. O, al menos, en torno a su esencia y forma. E, incluso, sobre las circunstancias de su nacimiento y desarrollo en la escritura. Además, claro está, de que también tal vez pueda servir de amparo durante el camino que emprenda el lector cuando, entre otros mestizajes, la amalgama de ensayo y creación, de Literatura e Historia, de reflexión y regusto literario puedan ofrecer alguna que otra dificultad, no ya de catalogación, sino en cuanto a forma de ser leído.

### *Confesión*

Uno, además de escribir principalmente para comprenderse, también lo hace para que otros lean aquello que ha escrito. Recuerden a Gabriel García Márquez y su frase: «Escribo para que me quieran». Es sabido: sin lectores, no hay escritor. Y también que el escritor que no trasciende más allá del acto de escribir, no va a ninguna parte. ¿Alguien duda de la insustancialidad de la autocomplacencia cuando la escritura se traduce en un simple acto de onanismo?, o ¿de la vulgaridad de cuando la escritura se traduce sobre todo en una necia búsqueda de notoriedad? Es verdad que a todo escritor le importan las loas y, tal vez, hasta las críticas, aunque ambas no se merezcan. Ante todo, no deberían contar las loas. ¿De qué sirven las salvas que apuntalan la vaga autoestima? Sin duda sucede así, porque ambas, loa y crítica, gratifican, aunque la mayoría de las veces apenas aporten algo y en casi nada auxilienn una vez que ya se ha boxeado con las palabras. Porque escribir es un auténtico combate de boxeo, duro y encarnizado, con las palabras y, en especial, con los significados que en ellas navegan. Por si fuera poco, escribir también tiene su aquel de adicción, de obsesión, de liberación, de diversión, de magia... e, incluso, de vida. Porque no hay duda de que con la escritura se viven otras vidas, al igual que sucede cuando se practica la lectura.

La piedra angular de escribir está en el hallazgo personal de respuestas y en el disfrute del acto de crear, sin olvidar tampoco, incluso, aunque sea al fondo, la necesaria anuencia del lector. Pues, aunque escribir nunca deje de ser un acto íntimo, al final, siempre acaba siendo imperiosa la presencia del otro (es decir, del lector). Siempre son unos ojos y unas mentes ajenas los que, al final, prologan la existencia de cualquier texto. Son unos ojos y unas mentes ajenas los que insuflan aliento de vida y prolongan la paternidad que al principio solo es propia del escritor. Por eso, la clave está en no caer en simplezas que rayan en el utilitarismo, ni en las del engaño de la fama a perseguir, ni, por supuesto, pongamos por caso, en las del sucedáneo de los fuegos de artificio. Ante todo, se debe contar con la sinceridad cuando se escribe, porque en ella se asienta gran parte de su razón de ser de cualquier texto. Nunca, al escribir, es aconsejable pensar más allá del hecho mismo de hacerlo y de practicarlo con una sensatez y una ética nunca exentas, cuando menos, de pasión. Y, sobre todo, nunca dar gato por liebre.

Para luchar contra la posible confusión antedicha y, en especial, por sinceridad, *Las historias de la Historia* reclama este pórtico. Tampoco importa demasiado que en este se alojen también (debe decirse todo, y sé que no descubro nada nuevo) unos gramos de algún que otro estridente aspaviento que trastorne al lector, porque parece claro que las lecturas para engatusar necesitan de ciertos temblores y desconciertos antes de convertirse en gastronomía deseada y devorada. Extrañar, además de una digestión adecuada, son siempre claves. Es decir, sorprender e interesar, para atrapar. Por eso, hay que apretarse el cinturón, devanarse los sesos, exprimir el magín y meter en cintura los muchos sueños y, con ellos, las palabras que los sustentan para acabar siendo lectura comestible, digestible, amigable y un largo etcétera. Y eso es lo pretendido en este extraño viaje a caballo de las impresiones de lectura acumuladas por quien escribe a lo largo de los años. Impresiones que,

creo y espero, pueden llegar al dibujo de algo de la Historia reciente de nuestro país, porque con ella han sido levantadas las novelas y relatos sobre las que viaja la mirada en *Las historias de la Historia*.

Creo que queda claro: a la hora de publicar este texto me acechaba la necesidad de ciertas aclaraciones preliminares. Para qué ocultar, para qué fingir o para qué divagar. Ante la conjetura, nada mejor que buscar tersura. Aunque debo también advertir aquello de que siempre, como máximo, se cuenta la mitad de lo que se sabe. Y, por supuesto, que la confesión, además de poseer una función dirigida al alivio, tiene su parte de lazarillo interesado. Avisado estás, caro lector.

Medité primero pergeñar un preámbulo que, para que quien me acompañase en el viaje que aquí se propone (un viaje sin sudor alguno y libre de cansancio. Nada de pasmos y esfuerzos, al contrario, acomodado en el grato letargo en el sillón), tuviera mucho de confesión. Porque sé muy bien que toda confesión, y más si es en toda regla, arrima la carne de las letras y el fluido de su sangre hasta el prójimo y hace, además, que estas emitan cierto calor. Un calor que arroje. Hablo de ese calor que calienta sin quemar y que suele destilarse desde la extrañeza de cuanto contiene un texto (me refiero al limado de asperezas, al vaciado interior, a la cavilación y, especialmente, a la desnudez. ¡Cuánto hay de atracción y de seducción en el hecho de mostrar las vergüenzas al aire y cuánto hay de ello cuando reina la sinceridad que aproxima!). Porque es conocido que las letras sin envidia, además de cabalgar sobre la tibieza, alimentan poco, dado que solo invitan a transitar recorridos escasos de calado, digamos adventicios o simpáticos. Además, una cosa es el entretenimiento y otra crear circos con las palabras. Algo a lo que me niego.

Soy muy consciente de que confesar es preciso y de que vaciarse es saludable. Pero como la confesión conlleva el hecho tonto de asumir una culpa que alguien decide aceptar y perdo-

nar (porque ahí es donde precisamente reside siempre el poder de cualquier confesión), asumo que *Las historias de la Historia* exigen también otras aclaraciones menos evidentes o más a desmano. Y las exigen, aunque yo, sinceramente, no sepa de qué culparme y de qué solicitar perdón, salvo de robar a manos llenas y de apropiarme de las palabras de otros (siendo sincero, de novelas y relatos enteros) y de lo que se contiene en ellas. Además, por otro lado, eso sí lo admito, yo no soy muy dado a tener como cierto todo lo que en religión se llama pecado, aunque sí lo soy a la hora de reconocer los yerros propios, que es algo muy distinto. Hecho queda. Dicho está. Añado: toda confesión posee bastante de entregarse a la agria dulzura de la mortificación frente a la simpleza del reconocimiento que nunca deja de dirigirse a la renovación. Por aquello de «mejor no pecar frente a mucho confesar».

No obstante, sí confieso sin pedir perdón que, en *Las historias de la Historia*, quise meter mi mundo lector de años en unas cuantas páginas repletas de palabras, más o menos unidas con fortuna (del oficio, mejor no hablar). Y, al fondo también, que en esta empresa me guio esa realidad de que el tiempo tiende a dar una nueva perspectiva de las cosas. El paso del tiempo cambia la mirada, porque casi siempre aumenta el campo de visión, el juicio y el volumen de lo que ya había sido observado y analizado. Además, no hay realidad que no almacene capas y que no sea laberíntica. Y más cuando el tiempo pasa y pasa y pasa, como sucede con mis fichas de lectura, longevas en su mayoría, sobre las que he asentado este viaje de *Las historias de la Historia*.

Alguien dijo que «leemos el mundo una vez [supongo que en los primeros momentos de la niñez] y que luego [el resto de la vida] todo es memoria». Y a lectura, primero, y a memoria recuperada y reutilizada, después, se reducen estas páginas que pretenden conformar un viaje a hombros de mis muchos viajes lectores del pasado (o mi «resto de la vida» tras descubrir la importancia de la lectura). Un viaje que atesora las innumera-

bles correrías personales de mis pasados tiempos de crítica literaria o de puro solaz a vueltas con los libros. Un viaje muy plural que ahora intento reducir aquí, como si fuera, valga la redundancia, un viaje único. Y que, además, como un chiflado, pretendo que ese viaje íntimo y particular se convierta en colectivo, aprovechable para los demás. Es decir, un viaje síntesis de lo personal a caballo de muchas lecturas que quiere caminar hacia el lector. Un viaje que busca invitar a travesías varias, con las que recorrer espacios, territorios, atmósferas y tiempos gracias a las abundantes «historias» de la Historia de España más reciente (desde el siglo XIX hasta la actualidad). Un viaje con sus lances y aventuras, con sus tragedias y bonanzas por esa Historia nuestra, a la que se han acogido muchos autores españoles contemporáneos como fuente cardinal de novelas y relatos. Y, finalmente, un viaje con el que quisiera gozar de la merced y de la escolta ajena, de la invisible gentileza de unos lectores que deseo fervientemente que naveguen a mi vera, aunque yo no llegue a notar su presencia corpórea. Paul Auster con tino advirtió, más o menos, que escribir es dar pie a un diálogo con quienes ni siquiera conoces, con quienes no sabes cómo piensan ni cómo son, que, además, están ausentes y que, sin embargo, es un diálogo que permite sentir la rareza que conllevan los posibles y anónimos ecos de ese lector. Un diálogo en la distancia, sin respuesta y, ante todo, imposible a la hora de complementar con la mirada y los gestos. Un diálogo, por supuesto, perseguido pese a no ser del todo premeditado. Está ya apuntado: sin lector, el escritor no es nada o es tan solo un vacío privado de ecos.

### *La casualidad*

«¡Casualidad es! / Pues, ¿que pudiendo traerle / otro libro, haya querido / mi suerte que este haya sido?», escribió Calderón de la Barca (*El cordero de Isaías*). Unos versos que pueden servir de delantal explicativo a la existencia de *Las historias de la*

*Historia* (otra vez, la confesión). Porque en la casualidad (hermanada a la suerte, claro) está su origen. Con ella, lo impensado se tornó realidad y acabará en vida cuando los lectores la acojan.

Me explico. Siempre, puedo jurarlo: he sido lector y lo sigo siendo. Bueno o no, ya no importa, cuando uno se encuentra casi al final del camino, lo hecho, hecho está y hecho queda. Para qué pedir peras al olmo. He sido un lector que, en la mayoría de las ocasiones, ha leído para escribir, por eso que se llama crítica literaria. Una ¿disciplina?, dicen, que sirve de orientación con los juicios que uno lanza al aire cuando la practica. Pero leer para escribir puede conllevar larvada la deformación. Cuando menos, por cuanto difiere y se aleja del gozo lector. Porque especular, desmenuzar, interpretar... erosionan el intrínseco disfrute de la lectura, deforman su seducción en aras del absorbente análisis. Y porque analizar es como mucho una aproximación que busca sobre todo el razonamiento y que olvida otros elementos básicos de la lectura. Practicar la crítica es un punto de vista válido, pero no auténtico o veraz, porque el lenguaje atiende traidor solo a esa parte de la lectura, en lugar de ser radiografía de todo lo que ella encierra. La parte por el todo, qué peligro. Es decir, la valoración se impone y priman los datos. Datos que, por lo general, no atienden al resto de las esencias que todo buen texto lleva en su seno. Desde el deleite a la elucubración, el arco es amplio.

Y como deformación podría clasificarse mi tendencia desde siempre a subrayar y a tomar notas de todo cuando ha caído en mis manos (y aún cae) para acabar después siendo analizado. Tal vez esa tarea de apuntar ideas y frases de los textos que he leído y leo parecerá una manía para unos, tal vez una forma de batallar con las palabras y los contenidos que los textos guardan para otros, e, incluso, puede que hasta alguno llegue a considerar tal manía de anotar como una acertada disciplina de trabajo. Me agarro al latino Marco Aurelio y a su: «Todo lo que vemos es una perspectiva, no la verdad». Que cada cual opine y elija. Libertad ante todo.

A lo largo de mi vida han sido tantas esas fichas de lectura de las que hablo que han acabado incubando algo así como una especie de síndrome de Diógenes lector. No como enfermedad, pero casi. Al menos por lo que tienen ya de inservibles, de abandono y de inútil acumulación. No me atrevo a decir de basura. Casi siempre esas fichas responden a un guardar por un por si acaso futuro que, por lo general, ha desembocado en vaho que se esfuma y, por tanto, en nada. Una nada que, sin embargo, con el tiempo, tiene volumen. Un volumen que se ha traducido en una montaña de papeles amarilleando y que ocupan demasiado sitio en los cajones más desusados de los bajos de la librería. Una montaña de papeles que no solo me habla de incumplimientos, sino que además coloca ante mis ojos la negligencia que durante años he practicado. Algo que me irrita y me socava. Porque son fichas que acunan espejismos imaginados jamás llevados a término, tareas apenas pergeñadas, descartadas o abandonadas, que pudieron ser y no son. Son como muertos en vida. Zombis lejanos que, aun así, acechan con su inconsistencia. Piden una oportunidad. En definitiva, una montaña de papel conformada por fichas superpuestas, clasificadas y guardadas con cariño. Fichas que, hasta ahora, aun careciendo de función, me habían impedido tomar una decisión violenta que, sencillamente por el espacio que ocupan, pedían a voz en grito: la destrucción.

Y aquí está la casualidad que ha dado pie a *Las historias de la Historia*. El arrimo tonto, con mucho de nostalgia, al releerlas antes de comenzar su destrucción, hizo saltar la chispa. Una chispa tan desatinada como tal vez aprovechable. Una chispa que prendió al repique de interrogantes como ¿por qué no servirme y fabricar con ellas, a partir de un tema aglutinador, un viaje especial (sedentario, claro) de mi singladura personal?, ¿por qué no viajar de nuevo sobre el lomo de algunas de ellas, recordando que, en gran medida, son resumen de una travesía lectora a la vez que lo son de una época y de un espacio, y que

se deben a esa época y a ese espacio, y que pueden, variando o no la mirada, servir de punto de partida para otro viaje? Siendo como son espejo de mis lecturas a lo largo de mis años como crítico literario en la prensa diaria y en revistas literarias o siendo resultado de otras lecturas más simples de quien se deleita con la Literatura, ¿por qué no pueden algunas configurar una nueva y última singladura a lomos de mi afición viajera y descansando en mi concepción personal de «viaje»? Y más todavía, si todo libro contiene y proporciona una travesía mental, ¿por qué no aprovechar las trazas de travesías mentales que pudieran haber quedado aprisionadas e inutilizadas en esas fichas?, ¿por qué no aspirar a penetrar e indagar en los sucesos del pasado y del presente con sus costumbres, modos de pensar, actuaciones y conclusiones... aprisionados en novelas y relatos de escritores españoles, recientes o actuales, que por servir de alma o de ambientación narrativa, tal vez ofrezcan la posibilidad de recorridos sabrosos en noticias y puedan ser propensos a la reflexión?

Pensado y hecho. Antes de la destrucción, la relectura.

Así nació *Las historias de la Historia*: como la necesidad de un último viaje, de una nueva lectura distinta a la que otrora tuvieron las fichas que lo sustentan. Un viaje a lomos de papeles amarillentos que lanzaban gritos de socorro antes de asumir, sin pesar, una muerte no sé bien si digna, pero sí definitiva. La destrucción que ya han sufrido.

### *Mi viaje, tu viaje*

*Las historias de la Historia* fue concebida, por tanto, como un viaje de viajes, como un recorrido particular que, sin embargo, necesita de compañía y anhelaba ser colectivo. Por eso, *Las historias de la Historia* se abre con unas consideraciones acerca del concepto de viaje, idea vital donde, sin duda, la lectura tiene cabida. Porque toda lectura acaba siendo un viaje. Da igual que

en este predomine lo mental, lo íntimo, lo imaginativo, lo reflexivo... o que atesore todo ello al mismo tiempo. Leer es viajar.

Sí, leer es viajar.

Y, tras esa apertura donde se expone el concepto de viaje, como telón de fondo, se acomoda después un mapa de posibles trayectos, donde, muy de pasada, creo que gotean consideraciones varias. Desde la función esencial de la creación y de la lectura, del lector en el tiempo, de la lectura y su función, de los libros en la sociedad, de la comunión Historia-Literatura, de la condición humana como ser social, de las actuaciones y sucesos... hasta de la guerra y sus maldades. Pero sobre todo, *Las historias de la Historia* se acomoda (y tiende a mostrar) una travesía que, a caballo de ciertas obras literarias, anhela actuar, en quien se acerque a sus páginas, como una vela que guíe o ayude en la boga por determinados acontecimientos de nuestra Historia de España. Una boga por sus acontecimientos más esenciales a la vez que trágicos. En concreto, por aquellos que, en especial, han cambiado el trazado de la fisonomía de España, desde la guerra de la Independencia, pasando por las guerras carlistas o el desastre del 98, para llegar a la Guerra Civil y sus secuelas, que desembocan en la transición a la democracia. Una travesía (somos viaje) que, por añadidura, posibilite una mirada (mínima, por supuesto) sobre la memoria del pasado (somos memoria) desde un presente reflexivo. Mirada con la que, incluso, además de explicaciones, también, tal vez pudieran hallarse ayudas para el futuro. Porque ninguna lectura deja de poseer en su recámara respuestas a lo que en ella se indaga a la vez que cobija invitaciones a la acción. Por eso, *Las historias de la Historia*, además de responder a una travesía vivencial, personal y propia, ambiciona convertirse, a horcajadas de diferentes argumentos literarios (ajenos, robados, quede claro), en posible travesía histórica y literaria de quien se acerque a su lectura. Una travesía en definitiva que, desde la mirada individual de quien escribe, aboque a lo colectivo. Una travesía

que, siendo mirada (lectura) particular, acabe siendo plural. E, incluso, siendo vida.

Es sabido cuánto coartan en literatura las explicaciones. Me refiero al limado que toda explicación lleva a cabo sobre el hechizo, la capacidad de sugestión, la jugosidad de los sabores literarios... Por ello, lo mejor es dejar que quienes se acercan a un texto desplieguen toda su actividad en él. Que cada cual lea, con sus propias armas (somos islas, no se olvide), la carta que el escritor envía en su obra y con su obra. Que el lector ponga lo más posible de su parte. Porque lo trascendente es que quien lee se erija en actor y se convierta en protagonista, sirviéndose a su manera y juicio de todo cuanto portan las palabras de un texto. En este caso, por cuanto hablan de sucesos y tiempos del pasado de nuestra Historia de España. No sin recordar que, cuando el pasado se traslada al presente, los puntos de referencia cambian y que ese traslado es un trayecto que no acaba nunca. Y también sin olvidar que la querencia por lo que fue no debe nublar la vista y convertirse en amor loco, es decir, a profesar de nuevo cuando los tiempos son muy distintos. Al contrario, se deben observar sobre todo sus fallas para no tropezar en la misma piedra. Por otra parte, se dice «en este caso» como advertencia, porque también existen obras aquí no «viajadas». Por ejemplo, las que, al cimentarse en la «ciencia ficción», son ventanas de futuro desde el presente y que también podrían haber sido utilizadas.

Por ello, *Las historias de la Historia* está concebida como invitación a viajar, como un billete gracias al cual, pienso, se puede llegar a transitar pedazos de nuestra Historia. En concreto, los pedazos que existen en el vientre de las obras literarias traídas a colación en *Las historias de la Historia*. La intención angular es que sea y actúe como un recorrido iniciático (fragmentado, por supuesto) por la reciente Historia de España (siglos XIX a XXI). Que se fragüe como documento que apoye e invite. Que se convierta en una lente útil para la mente lectora que busca

acercarse al pasado o que tropieza con el pasado. O para reflexionar sobre él y, si le apetece, para degustar también su jugo. La literatura, debe pensarse en ello, posee mucho de lección y más de esperanza. Cuando menos, por cuanto puede mostrar del lado opuesto a la vida (vívida y real, me refiero). La literatura, imaginación y ficción (son muchas las veces), tiende a suplir a lo que se echa en falta, a lo que no se da o de lo que carece la existencia. Escribir es dar alas a la fantasía que también organiza la vida. La vivida junto con la deseada, por supuesto. La literatura llena huecos, incluso los no existentes e inventados. Huecos necesarios.

A todo ello quisiera responder *Las historias de la Historia*, buscando no desatender ni la reflexión ni los hallazgos y sin olvidar, faltaría más, lo goloso de la degustación literaria. Conseguirlo ya es harina de otro costal. Queda la esperanza de hacerse oír. En parte, además de responderse, también el hecho de hacerse oír es lo que me ha empujado a escribir *Las historias de la Historia*.

Leer y escribir para mirar la vida.

Leer, como escribir, es vivir.

Y la lectura, como la vida, también es viaje.

A todo ello se invita a quien se arrime a *Las historias de la Historia*. Al posible lector se le encomienda la tarea. Sobre todo, si pone de su parte y dota de aliento al cuerpo de estas historias.

## Índice

Pórtico .....	11
Leer es viajar .....	23
Vida, <i>viaje</i> y lectura, una reflexión necesaria e instrucciones de uso .....	23
De novela e Historia, simbiosis para un <i>viaje</i> lector.....	47
Memoria, inventiva y otros temas (con incertidumbre al fondo) .....	47
A modo de inicio (por fin): la alargada sombra de algunos acontecimientos históricos. Su uso narrativo....	89
Las pequeñas historias y la Historia.....	95
Un escueto <i>viaje</i> a lo más trascendente del siglo XIX en España. (Sucesos clave y sus pliegues literarios).....	95
<i>Viajes</i> al siglo XX .....	101
«De la alegría esperanzadora al encono vengador» (Juan Gil Abert) o ilusiones desvanecidas y el sudario de la Guerra Civil con sus secuelas. Su uso narrativo y un añadido: la importancia del cine.....	110

<i>Viajes de papel</i> con la España del siglo XX al fondo. (Autores y territorios: cita apresurada para un mosaico espacio-temporal de urgencia: de Guerra Civil y posguerra).....	204
Colofón (una advertencia y breve listado orientativo) .....	283
La Transición, nueva vuelta de tuerca. (Mudanzas y, otra vez, incertidumbres. Democracia y novela)..	286
Nota final .....	323
Índice onomástico .....	327
Índice de obras.....	341

Este libro se terminó de imprimir  
en los talleres gráficos  
del Servicio de Publicaciones  
de la Universidad de Zaragoza  
en abril de 2025



Si a menudo la literatura tiende a suplir bastante de aquello que en la vida se echa en falta, de lo que esta adolece o de lo que no ha sucedido pero bien pudiera haber sucedido, *Las historias de la Historia* ejerce tal función. Por eso, pretende ser un viaje por algunos momentos de la reciente historia de España, momentos a los que se acogen las obras traídas a colación en su seno, porque proporcionan un recorrido (fragmentado) desde el siglo XIX al XXI al actuar como una lente/documento accesible no solo para quienes deseen acercarse al pasado, sino para quienes también tropiecen con él.



## **Ramón Acín**

(Piedrafita de Jaca, Huesca), doctor en Filología por la Universidad de Zaragoza, catedrático de Lengua y Literatura y académico de la Real Academia de Bellas Artes de San Luis, además de ejercer como crítico literario en periódicos y revistas especializadas, es narrador (novela, relatos, literatura juvenil, dietarios), ensayista y autor de libros de viajes.